

para proteger la escuadra. Súpolo Cneo, y partiendo de Tarragona con una armada de treinta y cinco velas, logró sorprender la de Cartago á las bocas del Ebro; apresó veinticinco naves, echó las otras á pique ó las hizo barar en la costa, y enseñoreando aquellas aguas dióse á correr con su victoriosa escuadra todo el litoral desde el Ebro hasta el cabo Martín, saqueando depósitos y talando los pueblos y campiñas de la costa, incendiando hasta los arrabales de Cartagena sin que Asdrubal hubiese podido hacer mas que avistar la catástrofe con el desconsuelo de no poder repararla, y seguir por tierra con pies y con ojos los rastros de la armada romana y ser testigo de los estragos que iba haciendo, hasta que tuvo por prudente retirarse á Cádiz mientras el romano daba la vuelta por Ibiza á Tarragona. Así reparaba Cneo Escipion en España por tierra y por mar los reveses que en Italia sufría Roma en el Tesino, Trébia y Trasimeno (217).

Al que marcha en bonanza y navega con próspero viento apresúranse todos á convidársele amigos: al que la fortuna se le muestra hosca y ceñuda, abandónanle los mas amigos y le vuelven la espalda. Esto acontecia entonces en Italia y España. Allá naciones enteras antiguas aliadas de Roma se levantaban en favor de Anibal victorioso: acá naciones enteras aliadas de Cartago ofrecian su alianza á Escipion triunfante: en Italia iba Roma en caimiento, y en España iba

Cartago de caída. Mas de ciento y veintepueblos españoles se confederaron con Cneo Escipion, principalmente celtiberos, gente poderosa y de brío, con cuyo auxilio pudo Cneo hacer una atrevida correría hasta Castulon, centro de la dominacion cartaginesa.

Solo los ilergetes, capitaneados por dos régulos, Indibil y Mandomio, se atrevieron á tomar las armas contra los romanos y á entrarse tumultuariamente en sus tierras. A juzgar por los discursos que los historiadores ponen en boca de aquellos dos caudillos, fué el primer grito de independencian que se levantó en España contra el poder romano, y en general contra toda dominacion estrangera, «No os fieis, decian, de unos estrangeros que con pretesto de abatir el orgullo de los cartagineses vienen á quitaros vuestra libertad y á usurparos vuestros bienes. Asi han venido antes los griegos, asi los mismos cartagineses, prometiéndonos felicidad con dulces palabras, para levantarse despues con el mando y poneros una vergonzosa servidumbre. ¿Qué necesitamos del auxilio de los romanos para sacudir el yugo de los cartagineses? Los que se han unido á ellos son traidores á su patria y á su libertad.» No vemos que los historiadores españoles hayan reparado bastante en este primer grito de independencian, y sin embargo, si aquellos dos gefes hubieran sido mas afortunados, si su voz hubiera encontrado eco entre sus compatriotas, hubieran podido pasar por los primeros res-

tauradores de España. Pero enclavado el país entre pueblos confederados de Roma, y auxiliados estos por un cuerpo de tropas con que acudió Escipion, fácilmente dieron cuenta de los sublevados: y Asdrubal que se habia acercado á fomentar aquellas alteraciones sufrió dos grandes derrotas por los briosos celtiberos, que esparcieron el terror por el campo cartaginés <sup>(1)</sup>.

Tanta importancia daba el senado romano á la guerra de España, que con admiracion vemos cuidaba de atenderla con preferencia á la Italia misma, no obstante lo envalentonado y pujante que allí se ostentaba Anibal. Envió, pues, á España treinta galeras con ocho mil hombres y gran provision de vituallas, al mando de Publio, hermano de Cneo, el mismo que cuando se declaró la guerra habia sido destinado á este país. Acordaron los dos hermanos hacer un movimiento sobre la desgraciada Sagunto. Sabian cuanto gusto daban en esto á los españoles, y la política de Roma era ganarles las voluntades. Un concierto entre Abelux ó Abeluze, noble saguntiuo, y el gobernador del castillo, el cartaginés Bostar, les puso entre las manos los rehenes que en la fortaleza de Sagunto habia dejado Anibal, á condicion de que habrian de entregarlos libres á sus familias. Cumpliéronlo así los Escipiones, y aquel rasgo de generosidad (que á lo

(1) Tit. Liv. lib. XXII.

menos por tal se tradujo en aquel tiempo, en que debian escasear mucho las acciones generosas) les captó á los romanos gran partido entre los españoles. Enturbióles la alegría de aquel suceso la noticia que recibieron de la funesta derrota de Cannas (216). Ellos, como fuese llegado el invierno, levantaron el campo de las cercanías de Sagunto, y se volvieron á invernar á Tarragona.

El senado cartaginés por su parte ordenó á Asdrubal que pasase á Italia. Expuso el general los riesgos que con esta partida correria la España toda, si antes no se le enviaba un sucesor con fuerzas suficientes para contener á los españoles; y en ello tenia razon sobrada, puesto que acababan de darle no poco que hacer los tartesios, que incitados y capitaneados por Galbo se le habian rebelado y puéstole en mas de un apuro, aunque al fin lograra sosegarlos despues <sup>(1)</sup>. En su virtud vino Himilcon, nombrado gobernador de España, con grueso ejército, y á Asdrubal se le repitió la orden de pasar á Italia. Obedeció éste, aunque no de buen grado, y púsose en marcha la vuelta del Ebro. Importaba á los Escipiones estorbar á toda costa su proyecto, y saliendo á encontrarle halláronse de frente cerca de aquel rio. Trabóse allí una reñidísima batalla, en que pelearon los romanos como si de ella dependiese la suerte de Roma, y aun el se-

(1) Livio escribe *cartesios* por versiones y conjeturas que no nos *tartesios*, lo que ha dado lugar á parecen necesarias.

ñorio del mundo. Abandonaron muchos españoles á Asdrubal, y sirviéronle ya poco al cartaginés su pericia y sus personales esfuerzos. Veinticinco mil africanos quedaron en el campo: prisioneros diez mil. Recogióse Asdrubal con cortas reliquias de su ejército á Cartagena. Casi todos los pueblos de España se arriaron al partido de los romanos <sup>(1)</sup>.

Ni Roma se cansaba de enviar auxilios, ni Cartago refuerzos. Roma, exhausta de recursos, hallaba en la generosidad de los ciudadanos con que subvenir á las necesidades del ejército de España, que eran muchas, y los Escipiones observaban la política de no disgustar con exacciones al pais conquistado. Cartago volvió á enviar otras sesenta navés con doce mil infantes y mil quinientos caballos al mando de Magon, hermano tambien de Anibal y de Asdrubal. Aliéntanse con esto los cartagineses de España, pero no por eso los alumbró mejor estrella. Los tres generales reunidos se ponen sobre Illiturgo (Andújar), que les habia hecho defeccion, y acudiendo los Escipiones hacen gran matanza en su gente, y les toman cuatro mil prisioneros <sup>(2)</sup>. Igual éxito alcanzaron otra vez que volvieron sobre Illiturgi. Pasa despues el derrotado ejército cartaginés á acometer á Intibil ó Incibile (entre Teruel y Tortosa), y recibe otro escarmiento:

(1) *Tunc vero omnes prope Hispaniae populi ad romanos defecerunt.* Tit. Liv. lib. XXIII.

(2) Mas de tres mil infantes, dice Livio, y poco menos de mil caballos. Ibid. cap. 34.

aquí murió Himilcon, capitan esforzado. No fueron mas afortunados en Bigerra, en Munda (sobre las bocas del Ebro), en Auringis (Jaen): en todas partes eran desbaratados los cartagineses, á pesar de haber venido Asdrubal Gisgon en reemplazo de Himilcon. Lo peor era que en Italia se cansaba la fortuna de sonreír á Anibal, y allí tambien se mostraban ya engreidas las águilas romanas. Solo les quedaba á los cartagineses el genio de Asdrubal Barcino, que superior á todos los desastres es muchas veces vencido, pero jamás desmaya; se retira, pero no sucumbe.

Acordáronse entonces los Escipiones, no sin rubor, de la fidelísima Sagunto, que destruida por Anibal y reedificada despues, llevaba ya cinco años en poder de los cartagineses, y estaba siendo afrentoso padron de la fé romana. Dirigiéronse á ella; obligaron á la guarnicion á capitular, y sacándola del dominio cartaginés la restituyeron á los pocos vecinos que habian podido sobrevivir á la catástrofe primera <sup>(214)</sup>. Revolviendo despues sobre la capital de los turboletns, los causadores de su anterior ruina, la desmantelaron y arrasaron por los cimientos, vendiendo á sus habitantes en pública almoneda. Devuelta Sagunto á sus antiguos dueños, fué recobrando bajo los romanos su prosperidad; y á esta época deben atribuirse los magníficos restos que han quedado de esta ciudad de gloriosos recuerdos.

Todo parecia conspirar en este tiempo contra Car-

tago. Anibal empezaba á ser vencido en Italia, como luego habremos de ver. En Cerdeña el ejército de Asdrubal el Calvo era deshecho por Tito Manlio Torcuato. En Africa un príncipe numida nombrado Siphax, llevado de un particular resentimiento, volvía sus armas contra la república, y ofrecía su alianza á los romanos. ¿Cómo no sucumbió Cartago en situacion tan azarosa? Veremos hasta qué punto es caprichosa y voluble la fortuna de las armas, y cuán poco hay que fiar en sus favores.

A la alianza de los romanos con Siphax, opusieron los cartagineses la de Gala, otro príncipe numida, á cuyo hijo, nombrado Masinisa, mancebo de grandes y aventajadas prendas, encomendaron hiciese la guerra á Siphax. Dióse el jóven africano tan buena maña en la ejecucion, que bastáronle dos combates para destruir por completo á su contrario. Asdrubal Gisgon le dió en premio por esposa á su hija Sofonisba. Lleno de gloria y de contento el intrépido Masinisa, pasó á España con siete mil infantes africanos y setecientos ginetes numidas, deseoso de dar ayuda á su suegro. Refuerzo fué este que realentó á los abatidos y tantas veces maltratados cartagineses. Y aprovechando la inaccion de los Escipiones, que descansaban en Tarragona sobre los pasados laureles (falta en que suelen caer los mas afortunados guerreros), pusieronse en marcha con intento de realizar el pensamiento en que tanto habia insistido siempre el se-

nado cartaginés, el de reforzar á Anibal en Italia. Asdrubal Barcino se dirigió al centro de España, dejando un cuerpo de ejército en la Bética, al mando de Magon su hermano y de Asdrubal Gisgon, con Masinisa.

Dividiéronse tambien los dos Escipiones, al saber este movimiento, y aquello vino á ser la causa de su ruina. Cneo fué contra Asdrubal Barcino, Publio contra Asdrubal Gisgon y los otros. Encontró Cneo á Asdrubal en Anitorgis (Alcañiz). Confiaba el romano en treinta mil celtiberos que acaudillaba, gente valerosa y fiera. Mas halló el astuto cartaginés medio de sobornarlos, y abandonaron las filas romanas, que con esta defeccion quedaron demasiado menguadas, y Cneo tuvo por prudente retirarse y evitar la pelea.

Peor suerte estaba sufriendo allá hácia Cástulo su hermano Publio. Acosábale sin dejarle momento de reposo la caballería de Masinisa, aquella caballería numida que tanto estrago hizo siempre en las falanges romanas. Venia además contra él el español Indibil con siete mil quinientos suessetanos<sup>(1)</sup>: vióse Publio por todas partes cerrado y acometido: sirvióle poco defenderse con bravura; un bote de lanza le atravesó el cuerpo y le derribó del caballo. Con la muerte de Publio se desordenaron sus huestes; la noche libertó á unos pocos del encarnizado furor de

(1) Créese que eran los de Sangüesa.

los vencedores. No desaprovecharon estos la victoria. Vuelan á incorporarse á Asdrubal Barcino que seguia á Cneo. Encuéntrase éste envuelto por tres ejércitos á la vez: levanta de noche sus reales y se retira; pero la caballería de Masinisa se destaca en su seguimiento: gana el romano una pequeña colina, donde improvisa una rústica trinchera hecha con los aparejos y tercios de las acémilas: tras este débil y flaco vallado se defiende con valor prodigioso; pero oprimido por el número perece con la mayor parte de su gente <sup>(4)</sup>.

Así acabó aquel valiente romano (216), el primero que inauguró en España el futuro señorío de Roma. Así acabaron aquellos dos esclarecidos hermanos, cuyas campañas habian sido una cadena de gloriosos triunfos. Así quedaron en un momento desvanecidas las esperanzas que fundaba Roma en los talentos militares de los Escipiones. ¡Qué mudanza en el teatro de la guerra! Ayer apenas existia ejército cartaginés, y hoy apenas existe ejército romano; ayer las águilas romanas enseñoreaban el país, hoy las cortas reliquias de aquellas legiones no encuentran donde guarecerse. Los que van á refugiarse en Castulon encuentran cerradas las puertas de la ciudad: los que se guarecen en Illiturgis son de noche bárbaramente

(4) A cuatro millas de Tarragona se ve todavía un monumento ilustre que se dice ser el sepulcro de los Escipiones. La batalla de cierto no fué en aquel sitio: pero pudo ser muy bien y es harto verosímil que los romanos trasladaran allí sus cenizas, como asiento que era Tarragona de su gobierno.

degollados : fueron otros á buscar amparo de la parte allá del Ebro.

Quedábale aun á Roma un genio militar en España; genio con que no contaria la república, porque se ocultaba bajo el modesto uniforme de simple centurion ó capitán de compañía. Este genio era Lucio Marcio, hijo de Septimio Severo, caballero romano.

Marcio no se rindió al desaliento que en los rostros de los fugitivos se veia pintado, incluso Fonteyo, único jefe de alguna graduación que quedaba. Ocurrióles á los soldados nombrar general á quien tan osado y resuelto se mostraba. Pero al saber que Asdrubal, franqueando el Ebro, se les venia encima, y tras él Magon que seguia sus huellas, turbóseles de nuevo el ánimo, y mustios unos, renegando y maldiciendo de su suerte otros, esperando todos una muerte que miraban como infalible, luchaba y trabajaba el improvisado general por infundirles aliento, sin que su voz apenas fuera escuchada. Entretanto el enemigo casi toca á sus reales. La vista de los estandartes cartagineses produce una transformación mágica en los ánimos de aquellos desdichados; el miedo se trueca en desesperación, la desesperación en coraje, y aquel puñado de hombres á manera de leones embravecidos se arrojan sobre los cartagineses, que sorprendidos con tan impetuosa y brusca arremetida, vuelven vergonzosamente la espalda. Todos se maravillaron, los unos de ver huir, los otros de verse huyendo.

Calculando luego Marcio que los enemigos no esperarían un segundo ataque, conociendo además que si daba lugar á que se les reuniese Magon no quedaba á los suyos manera de salvarse, concede algunas horas de reposo á sus fatigadas y escasas tropas, y en altas horas de la noche se entra á las calladas en el campo y reales de Asdrubal, que descuidado y sin guardias ni centinelas dormía. Cansáronse de matanza sus soldados, y sin darse mas vagar prosiguieron en busca de Magon, á quien hallaron igualmente desapercibido. Penetran con el mismo ímpetu en sus estancias: era ya de día: Magon y los suyos á la vista de los paveses y espadas de los romanos ensangrentadas con la matanza reciente, se llenan de estupor y se ponen en fuga: síguelos Marcio, los alcanza, y los romanos se cansan también de degollar: los capitanes cartagineses pudieron escapar á uña de caballo (1).

Salvó Marcio de un solo golpe las dos Penínsulas: la España venciendo á los cartagineses, la Italia impidiendo la marcha de Asdrubal, que unido á Anibal que todavía se hallaba pujante, hubiera podido poner á Roma en grande aprieto.

Pagóselo Roma con ingratitud. En la carta que

(1) Debió tener lugar este suceso cerca de Tortosa. En el campo cartaginés se encontró un escudo de plata de ciento treinta y ocho libras de peso con la imagen de Asdrubal Barca ó Barcino. Este monumento de las glorias de Marcio fué llevado á Roma y se colgó en el Capitolio. Llamóse *Escudo Marcio*. Tit. Liv. lib. XXXV. Valer. Max. lib. I.

Marcio dirigió al senado se daba el título de pro-pretor, que debía solo á la aclamación de los soldados. Tomólo á mal la orgullosa aristocracia romana, y sin dejar de reconocer la importancia de sus grandes hechos ni de hacer justicia á sus altas prendas, anuláronle implícitamente nombrando pro-pretor de España á Claudio Neron, que entonces hacia la guerra de Capua contra Anibal. El generoso Marcio, no obstante ver tan mal recompensados sus eminentes servicios, llevó tan adelante su desprendimiento, que cuando llegó Neron á España le entregó sin darse por sentido aquellas tropas que le habían aclamado su general, y se puso bajo sus órdenes sin otro pensamiento que el de continuar sirviendo á su patria en el puesto que le designaba. Así el que acababa de dar un ejemplo de admirable heroicidad, dió también un ejemplo de admirable patriotismo.

Poco tino mostró el senado romano en la elección de Claudio Neron. Desembarcado que hubo en España con once mil infantes y mil caballos que de refuerzo trajo (211), fué en busca de Asdrubal, á quien halló entre Illiturgis y Mantis en los bastetanos (1). Faltóle poco para coger al cartaginés en el desfiladero de un bosque; pero reconociólo Asdrubal á tiempo, y entreteniendo á Neron so pretesto de negociaciones de paz, hizo una noche desfilár calladamente su ejér-

(1) Mariana los nombró ausetanos, indudablemente con error.

cito, dejando las hogueras encendidas en el campamento para mejor engañar al romano: él mismo despues á presencia y vista de Neron metió espuelas al caballo y se alejó en busca de los suyos. De modo que la única hazaña de Claudio Neron durante su breve mando en España fué dejarse burlar de la astucia de un cartaginés. No merecia su nombramiento la pena de haber desairado á Marcio. Pronto fué otra vez llamado á Roma.

## CAPITULO V.

ESCIPION EL GRANDE.

Desde 211 antes de C. hasta 205.

Es nombrado Publio Cornelio Escipion procónsul de España.—Desembarca en Tarragona.—Toma á Cartagena.—Generosidad de Escipion con los españoles.—Noble y galante conducta del romano con una jóven española.—Accion de Bécula.—Gánala Escipion.—Logra Asdrubal pasar á Italia.—Nuevos triunfos de los romanos en España.—Los cartagineses reducidos á Cadiz.—Enfermedad de Escipion.—Propágase la falsa voz de su muerte, y se rebelan de nuevo Indibil y Mandonio.—Sublévase una parte del ejército romano.—Somételos á todos Escipion.—Tratos con Masinisa para la entrega de Cádiz.—Conducta del gobernador Magon.—LOS CARTAGINESES SON ESPULSADOS DE ESPAÑA.

Tratábase en la asamblea del pueblo romano de nombrar un general que reemplazase á Claudio Neron en España. Vióse con sorpresa que nadie aspiraba á recibir este honor. La suerte desastrosa de los dos Escipiones y las noticias que Neron les daba de la astuta falsía de los de Cartago hacian que se esquivára como peligroso el mando de las armas romanas en la península española. La república no sabia á quien enviar. Un jóven de veinte y cuatro años se levanta, y con arrogante acento; «Yo soy Escipion, esclama: